

de significación dudosa. En el dintel se halla representado, bajo sendas umbelas delicadamente talladas, todo *el apostolado*.—Las estatuas de tamaño natural que llenan los intercolumnios de la zona superior del jambaje son personajes del antiguo Testamento: patriarcas, reyes, profetas, etc: entre ellos se reproduce con bastante claridad la adjunta fotografía á *Samsón abrazado á una columna*, y al rey *David sentado tocando el arpa*.—Este jambaje excede en riqueza al de la famosa *puerta de la Virgen* de Nuestra Señora de París, donde las estatuas son sólo ocho, y presenta una disposición del todo semejante á la de aquél.

Gracias á la pobreza de esta parroquia en el siglo XVIII, no fué embadurnada por dentro como Santa María del Palacio y la Redonda; de modo que los remedos de pabellones y colgaduras que bárbaramente afean las paredes de aquellas, aquí no infieren agravios al viajero indefenso y desprevenido. Consérvase el interior en su integridad primitiva, sin más alteración que la de haber adaptado en el siglo XV al muro del hastial un coro sobre una bóveda rebajada, de cuyo aditamento provino el haber tenido que alterar el tímpano de la puerta de ingreso, macizando su vano, según acabamos de ver, hasta el nivel de la imposta que divide las dos columnatas inferior y superior del jambaje. En lo demás la iglesia del XIII, con sus tres naves y sus tres ábsides, permanece entera, casi diríamos intacta. Están las naves separadas unas de otras por medio de pilares poligonales: los arcos que estos pilares apean son de gran pureza de trazo y una sobriedad de ornato que recuerda las austeras construcciones cistercienses de principios de esa misma centuria; las bóvedas son también de crucería sencilla, si bien la del presbiterio es de medio cañón apuntado, como muchas del último período románico. Los capiteles del arco del presbiterio ofrecen la elegancia y garbo que distingue á todos los de aquella época.—No tiene el cuerpo de la iglesia más que cuatro tramos, el del coro, el de la nave, el del crucero y el del presbiterio, pero sus bóvedas varían de altura: la de la nave central es más elevada que las

de las naves laterales, los tres compartimentos de la del crucero son de igual elevación; y en los ábsides, el medio cañón de la capilla mayor es de más altura que los de las capillas adyacentes.—Ocupa la central un retablo plateresco, casi borrominesco, con su cascarón perfectamente adaptado al cuarto de esfera de la construcción absidal.—Es esta iglesia de San Bartolomé la única de Logroño en que se ven artísticos enterramientos de la Edad-media: hay en la capilla llamada del *Santo Cristo* dos grandes y magníficos sepulcros de mármol, del siglo XIV, de dos caballeros cuyo nombre no hemos conseguido averiguar. Son ambos bultos yacentes de tamaño agigantado, muy bien labrados, con hermosos plegados en sus ropajes, y ofrecen cierto aire de familia que aumenta el interés inspirado desde el primer aspecto por la belleza de la escultura. Los dos son de semblante majestuoso: los dos tienen larga la barba, crecida la melena, cubierta la cabeza con un birrete de estofa labrada á cuadros de relieve: tiene el uno á su lado dos ángeles arrodillados, uno junto al hombro, otro junto á los pies; el otro no tiene más que un ángel. Las urnas de estos sepulcros están decoradas según el estilo del XIV con series de lindas hornacinas, formadas por columnillas prismáticas, arcos apuntados y elegantes gabletes con sus frondarios y grumos, y ocupadas con preciosas estatuillas de proporciones inmejorables y de un garbo sorprendente.

Gala nada insignificante de esta iglesia—la más notable de Logroño y la menos apreciada—es su singular torre de fisonomía semi-oriental: accidente curioso en que sólo reparó Lope de Vega cuando habló, como hemos visto, de *los chapiteles retocados de celestes reflejos*. Es esta torre de planta cuadrangular en toda su elevación, y su lindeza no está en la silueta que presenta, sino en el ornato: divídese en zonas, de á dos ventanas de medio-punto cada una, y los rectángulos que de ellas resultan se hallan separados por medio de impostas de menuda labor de ladrillo cortado, y llevan unos toques de azulejos que produ-

cen bellissimo efecto. Así el siglo xv engalana con una torre de fisonomía morisca, obra quizá de manos mudejares, un templo de arquitectura y escultura francesa del XIII.

SANTIAGO.—Nada de particular ofrece en su exterior este templo, como no sea una portada del gusto de los aficionados á la arquitectura del Borromino y Churriguera. Tiene esta portada en lo alto una gran tribuna, dentro de la cual campea un gigantesco Santiago á caballo, de blanca piedra y de incorrecta forma. El interior es una grande y única nave de arcos rebajados del xv, con capillas, hornacinas y bóveda de crucería flamular. Afortunadamente esta iglesia no ha sido afeada con malas obras de pintadores arrojados y temerarios. Mide su hermosa nave 120 pasos de largo y 60 de ancho.

No hemos de abandonar la histórica capital de la provincia que vamos ahora recorriendo, sin consagrar un leve recuerdo ó testimonio de gratitud á tres grandes bienhechores de la humanidad que el siglo XII vió aquí congregados. En la calle de la población antigua que lleva el nombre de *rúa vieja*, hay una capillita ú oratorio en que apenas repara el viajero: no tiene fachada ni cosa parecida, y sólo un arco apuntado, al cual está adaptada una humilde reja, indica que aquel vetusto edificio conserva la memoria de algo venerando de remotos tiempos. Esa puerta ojival sin embargo no podía existir en la época á que nos referimos. Cuenta la tradición que en esta modestísima morada pasó de esta vida San Gregorio Ostiense, acompañado en sus últimos momentos de Santo Domingo de la Calzada y San Juan de Ortega. No te repito lo que ya te he narrado de los grandes beneficios que á esta provincia y á la de Navarra hicieron los tres insignes santos (1).

(1) Véase en el capit. xxviii la descripción de la basílica de San Gregorio Os-

Debemos también consignar entre estas notas dispersas de un pasado roto y deshecho, otras antiguallas que nos salen al paso. En la calle de *Herrerías*, parte asimismo de la población antigua, existe una interesantísima casa gótica, señalada con el n.º 40, hoy destinada á horno y panadería, digna por todos conceptos de ser visitada, estudiada é incluida entre las escasas construcciones civiles de humilde jerarquía, del siglo xv, que quedan en pie en nuestro país. No siendo morada de ningún magnate de aquel tiempo: revistiendo por el contrario todo el aspecto de vivienda particular de algún acomodado burgués, que quizá tenía allí su escritorio ó su industria, sorprende el gusto artístico con que está en ella labrada toda la obra de carpintería, y la elegante disposición de toda la traza desde el basamento hasta la techumbre. Esta pequeña alhaja arquitectónica, de las que tan pocas hay ya, desaparecerá sin duda y muy en breve, á medida que se vaya extendiendo la insípida construcción sin estilo, al uso de la corte, que ha invadido ya toda la inmediata *plaza de la Constitución*: porque la moda y el interés particular son los grandes enemigos de esta clase de reliquias del tiempo pasado.

Tomando ahora hacia la *ronda de la Penitencia*, límite occidental de la ciudad donde arranca la carretera de Burgos, llegamos al muro antiguo, donde aún existe, también amenazada por las modernas construcciones que se le vienen encima, una curiosa puerta del tiempo de Carlos V, la cual presenta al exterior de la población sobre su arco un bellissimo escudo de piedra sostenido por un águila colosal de dos cabezas. El arco es florenzado, de seis porciones de círculo, terminando en conopio, y cortado en el ancho y robusto dovelaje de la puerta. De esta cantó Lope de Vega en su estilo hiperbólico, aludiendo á su situación occidental y á la tradición de haberla costado la ciudad de Sevilla juntamente con aquella parte de muralla:

La que despide el sol es una sola,
mas digna de que el sol salga por ella,
digna de ser octava maravilla.
Cédele toda fábrica española,
da indicios de grandeza de Castilla;
no ha visto el orbe máquina tan bella;
es un coloso eterno en que Sevilla
dirá á los siglos con espanto mudo,
aunque el Betis en golfo la convierta,
que miren lo que fué por lo que pudo (1).

Las cercanías de Logroño convidan al anticuario á muy interesante estudio: por un lado, á la parte opuesta del Ebro, está el famoso *Cerro de Cantabria*; por otro, nada distante, la no menos famosa *Varia* de Ptolomeo y Plinio. En ese Cerro hubo una ciudad antes que Logroño existiera: esto se ha tenido por conseja, y sin embargo parece probado. Esa ciudad llevaba el nombre de Cantabria, y diríase que en ella habían querido perpetuar el recuerdo de su tenaz y heroica resistencia contra las legiones de Augusto aquellos terribles cántabros á quienes el orgulloso romano había obligado á desamparar sus nativas breñas y extenderse por la tierra llana (2). ¿Influiría aquel glorioso

(1) Silva citada y advertencia que le precede.

Ya antes de Carlos V, esta ciudad había sido objeto de particular solicitud para los reyes de Castilla. La inmortal Reina Católica, en 1502, expidió provisión para que se adobasen los caminos y puertas de Logroño. V. á Llaguno, obr. cit. t. 1, página 118.

(2) «Que en la Rioja hubo lugar con nombre de *Cantabria* (dice el P. Flórez en su Discurso preliminar al tomo xxiv de la *España Sagrada*, titulado LA CANTABRIA, § xx) no se puede dudar en vista de las escrituras de Sangüesa y Calahorra firmadas por el rey en aquella población de Cantabria: y otra, in illa populatione de sub Logronio, quam dicunt Cantabria, su data en Abril de la Era 1160 (año 1122) como refiere Moret en sus *Investigaciones*, lib. 1, cap 6. El tiempo en que se fundó aquella población ó recibió el nombre de *Cantabria*, no se sabe: pero al modo que no podemos autorizar tal nombre hasta después de los romanos, tampoco podemos suponer que esta fuese la capital de los cántabros en lo antiguo (como algunos pretenden) porque la región de aquellos estuvo fuera de la Rioja en las montañas: y sólo puede admitirse que se llamó Cantabria después de bajar los cántabros á tierra llana; pero no se ve otra ocasión oportuna en que señalar el principio de tal nombre fuera de la región cantábrica, si ha de suponerse originado de los cántabros.»

recuerdo en los destinos futuros de sus pobladores? ¿Cómo evidenciarlo? Sin embargo, de la Cantabria riojana salió verosíblemente, tres siglos después de vilipendiada por los bárbaros en España la púrpura romana, aquel impetuoso hijo de Favila que

Después que Augusto concluyó la guerra de los cántabros quitando la vida á unos y desarmando á otros, miró por la quietud general, haciendo que bajasen de los montes á las llanuras para evitar las ocasiones que por la aspereza del terreno les movían á levantamientos continuos: Floro y Dion hacen mérito de esta notable providencia. Pero la ocupación de la tierra llana por aquellos indómitos pobladores no fué tan general que las montañas quedaran desiertas, pues los geógrafos posteriores suponen allí pueblos, y además los que entregaron rehenes se quedaron arriba. Mas estos fueron los menos: la gran masa de aquella gente bajó á la llanura. Desde entonces empezaron á ensancharse los antiguos límites de los cántabros, los cuales, al cambiar de asiento, llevaron su nombre á la tierra que ocuparon ó á que se extendieron, como se verificó con los celtas. Bajaron pues los cántabros hacia los murbogios y autrigones, ocuparon parte de la tierra de los berones, y no debe causar extrañeza que aplicasen su nombre á este ó aquel lugar donde se propusieron perpetuarlo. De todas maneras es evidente que ninguno de los geógrafos antiguos conoció esta ciudad de Cantabria, y de consiguiente es forzoso suponer que su fundación fué posterior al siglo de Antonino Pío y Ptolomeo. ¿Cuándo tuvo efecto ésta? No se sabe: lo que sí consta es que existía bajo el imperio de los visigodos, dado que fué Leovigildo quien la destruyó, según lo asevera San Braulio en la vida de San Millán. Reveló Dios al santo (dice el preclaro obispo cesaraugustano) la destrucción de Cantabria, y no creyendo su vaticinio un incrédulo que se llamaba Habundancio, el santo le anunció que lo experimentaría por sí mismo, y así fué, porque murió bajo el hierro de Leovigildo: *gladio vindice Leuvigildi est interemptus*. Que San Braulio se refiere á una ciudad, y no á toda una comarca del nombre de Cantabria, lo prueba el que, según su relato, San Millán hizo avisar al Senado para manifestarle la revelación que había tenido del cielo, y no es posible entender dicho aviso sino dirigido á los que gobernaban una población llamada Cantabria, dado que no cabía ni que toda una comarca estuviese gobernada por un solo Senado, ni que el santo pudiera hacer llegar su aviso á toda ella. San Julián, arzobispo de Toledo, habla también de la Cantabria riojana cuando al escribir sobre la rebelión de Paulo contra Wamba, expresa que se hallaba el rey en Cantabria preparando su expedición contra los vascones, á quienes acometió por las llanuras ó ribera de Navarra. Esto sólo pudo hacerlo Wamba hallándose en la Rioja, no desde la montañosa y distante Cantabria primitiva. Vencidos los vascones y recibidos rehenes, subió el rey á la Galia narbonesa, donde estaba el tirano, pasando por Calahorra y Huesca. Wamba de consiguiente se hallaba en las cercanías de Logroño. De estos argumentos deduce el P. Flórez que en tiempo de los godos se llamaba Cantabria el cerro de este nombre entre Logroño y Viana, donde había una población, cuyos vestigios todavía se observan; y que además los cántabros ocupaban entonces casi toda la actual Rioja, de modo que Logroño, Clavijo, Albelda, Nájera y otros pueblos estaban en las entrañas de Cantabria.

Aun en el siglo x se entendía bajo este nombre el territorio de la Rioja de la banda meridional del Ebro hasta Tudela, puesto que el continuador del cronicón albedense que escribía en aquel tiempo, hablando del rey D. Sancho Garcés hacia

inició en Covadonga la inmortal empresa de la restauración de la monarquía visigoda arrollada por el asolador torrente islamita. Tiénese por seguro que en la región de los antiguos berones, ocupada por aquellos cántabros procedentes de sus nativas montañas después de la guerra de Augusto, se había establecido el ducado de Cantabria, que comprendía la actual Rioja y se dilataba hasta el Océano por donde España confina con Francia. Gobernaba estas tierras bajo el reinado de Flavio Egica un caballero de nombre Favila, de sangre real visigoda, á quien algunos creyeron hijo de Chindaswintho. Muerto Favila por Witiza, recayó el ducado en su hijo Pelayo, y éste, temeroso de ser tratado como su padre, huyó de la corte de Toledo y se retiró á sus estados (1). Habiendo sido la ciudad de Cantabria destruída por Leovigildo, los duques de este título residían, ya en Tricio, población antigua situada en una hermosa y deliciosa llanura en las cercanías de Nájera, ya en la nueva población que al mediodía de Cantabria y en la banda meridional del Ebro comenzaba á formarse, donde hoy está Logroño. Aquí ó en Tricio viviría, pues, D. Pelayo, con su hija Hermesinda y su yerno D. Alfonso, que luego fué rey con el dictado de *Católico*, cuando llegó el momento de ponerse al frente de los cristianos agrupados en las fragosas montañas de Asturias para dar comienzo á la penosa obra de la reconquista. — El P. Moret reco-

el año 905, dice que por la Cantabria se apoderó de cuanto hay desde Nájera hasta Tudela: *cepit per Cantabriam à Nagerense urbe usque ad Tutelam omnia Castra*. De aquí el llamar el Silense y el Tudense reyes de Cantabria á los reyes de Navarra, — *Cantabrorum rex* y *Cantabriensium rex* — por el dominio que tenían en la Rioja, señalando el Pisuerga como límite entre el reino de Castilla y el de los Cantabrienses: *ab extremis finibus Gallæciæ usque ad flumen Pisorgam, quod tunc Cantabriensium Regnum separabat*.

En cuanto á Cantabria ciudad, y no territorio, instrumentos diplomáticos de los siglos XI y XII claramente la designan, según hemos visto al principio de esta nota; y como prueba de la tradición no interrumpida de la existencia de esta ciudad, patentes están los varios pasajes de la antigua traducción del arzobispo D. Rodrigo que reducen el nombre de Cantabria á Logroño, como dando á entender su gran proximidad.

(1). Véase FLÓREZ, *Esp. Sagr.*, t. XXXIII, trat. 69, cap. 10.

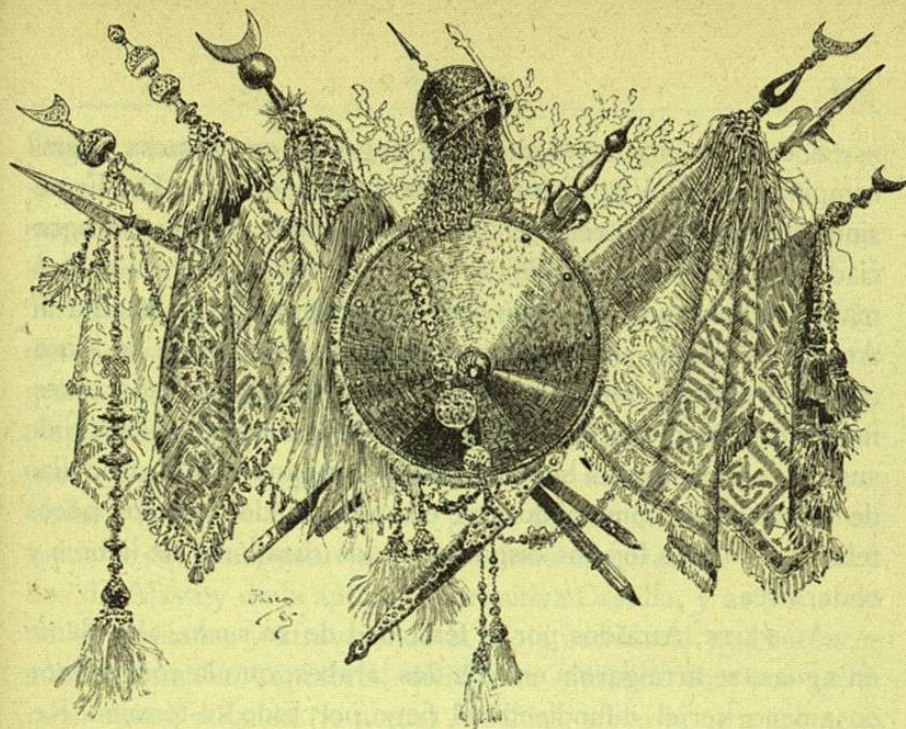
rrió varias veces los parajes del Cerro famoso frontero á Logroño donde pone la tradición el asiento de esta Cantabria, y no quiero privarte de las expresiones mismas con que refiere lo que allí encontró. «En tanta cercanía como la del nombrado Cerro de Cantabria cabe Logroño, no podemos dudar se derivó el nombre de población insigne en él, de la que hay muchos rastros en el Cerro, y los hemos reconocido muchas veces. Y los del castillo en especial son patentísimos, con los cimientos de las murallas todavía levantados de la tierra, y las líneas torcidas de las torres sobresalientes á trechos, y los fossos tirados. Todo lo cual se reconoce á la punta mas occidental del Cerro, y que mas de cerca mira á la ciudad de Logroño y iglesia de Munilla (1).»

VAREA (antigua Varia). — Es la tercera ciudad que nombra Ptolomeo en los Berones, y la más señalada entre los antiguos, y sus ruinas concurrieron con las de Cantabria á dar existencia á Logroño. Hoy es apenas una pequeña aldea la que Tito Livio llamó *validissimam urbem*. Nadie ha puesto en duda que hubo una Varia á media legua de la ciudad nueva al Este. Plinio nos dejó en pocos renglones importantes noticias de esta antiquísima población (2): por él sabemos que Varia distaba 260 millas de la entrada del Ebro en el mar, espacio en que este río era navegable, siendo aquella el último puerto. Aún se reconocen los vestigios de la Varia romana en un alto de poca elevación, á corta distancia de la carretera de Calahorra, que pasa entre Varea y el Ebro. Redúcese hoy todo á una iglesia y unos cuantos vecinos, y algunos pocos restos de vía militar romana, sólidamente construída, en el camino de rueda que guía á aquella ciudad episcopal por Agoncillo, Ausejo y el Villar de

(1) *Investigaciones*, lib. 1, cap. VI, § V.

(2) *Iberus annis navigabili comercio dives, ortus in Cantabris haud procul oppido Iuliobriga, 450 m. pass. fluens: navium per 260 m. à Varia oppido capax, quem propter universam Hispaniam Græci appellavere Iberiam*. *Hist. nat.*, lib. III, cap. 3.

Arnedo. Su asiento es en un campo ameno y fructífero, fecundado por el Iregua que entra en el Ebro por su banda de poniente. Este río dista poco de ella, de suerte que la población pudo alargarse hasta él para disfrutar el beneficio de la navegación. Al P. Flórez, que reconoció su término, le aseguraron que pocos años antes de su viaje se habían encontrado en Varia argollas de las usadas antiguamente para amarrar los barcos. Todavía en el siglo XII era navegable el Ebro desde este pueblo, pues en él embarcaba D. Alonso *el Batallador* la madera que sacaba de la Rioja para la proyectada toma de Tortosa.



CAPÍTULO III

La cuenca del Iregua: Villamediana, — Alberite, — Albelda
y Viguera: la batalla de Clavijo. — Nalda, — Castañares de las Cuevas,
Nestares, — Torrecilla de Cameros

EL terreno que vamos ahora á recorrer abunda en recuerdos de las gloriosas empresas de las armas cristianas contra el islamismo pujante en una de las épocas más críticas de la reconquista. Los reyes de Asturias y Navarra por una parte, y por otra los emires de Córdoba y de Zaragoza se disputan tenazmente su posición, y sus ejércitos difunden el fragor bélico por las floridas márgenes del Iregua, y llenan las gargantas de las dos sierras de Cameros, del Serradero y de Moncalvillo, con los atronadores ecos de las bocinas y los clamores alternados de la derrota y de la victoria.